



Cuando
reinaba
Su
Majestad
el
Azúcar

ROLAND T. ELY

IMAGEN  CONTEMPORANEA

PRÓLOGO A LA EDICIÓN CUBANA

Si se estableciera una periodización de la producción historiográfica de y sobre Cuba, la década del 60 del siglo pasado constituiría uno de sus puntos de demarcación más importante. En primer lugar, por la impronta que significó el triunfo de la Revolución Cubana, que obligó al reanálisis de viejas tesis y al surgimiento de nuevas problemáticas, como consecuencia de interrogaciones hasta ese momento relegadas a un plano secundario. En segundo lugar, a la maduración de los estudios históricos en un grupo de historiadores que, con métodos, fuentes, concepciones y temáticas diferentes, abrían espacios inexplorados al conocimiento no sólo de la historia cubana, sino también, de aspectos comunes con la del Caribe y América Latina. La mayor de las Antillas resultaba el laboratorio ideal para estudiar, desde observatorios diferentes, conjuntos históricos mayores.

En ese contexto fueron numerosas las obras y trabajos que iniciaron un rico debate sobre las más variadas aristas de la historia nacional cubana. Temas hasta entonces casi prohibidos entraron en la polémica historiográfica. Los, por aquella época, inexpertos jóvenes estudiosos, ya con pretensiones de historiadores, merodeábamos por librerías, aulas y pasillos universitarios, archivos e improvisadas y no pocas veces callejeras tertulias, fascinados con los tesoros que encontrábamos y siempre dispuestos a contradecir o buscar los más leves resquicios a las tesis, hasta entonces incommovibles, de los padres y abuelos de nuestra historiografía. Disfrutábamos del placer de un mundo intelectual en el cual ya se asentaban nuevos nombres.

Recuerdo como, entre las obras que circularon entre nosotros, estaban dos pequeños libros, publicados por Librería Martí, uno en 1959 —reimpreso

en 1960—, y el otro, dos veces en 1960, de un autor norteamericano llamado Roland Taylor Ely. El primero titulado *La economía cubana entre los dos Isabeles, 1492-1832*, y el segundo bajo el nombre de *Comerciantes cubanos del siglo XIX*. La primera obra estaba precedida por un prólogo del historiador de la historia económica de Cuba, Julio Le Riverend Brusone; el segundo, de un exordio del más reconocido de los historiadores cubanos hasta entonces, Ramiro Guerra y Sánchez. Realmente, aquellos dos libros apenas si eran un atisbo de lo que su autor nos tenía reservado.

Dos obras, publicadas apenas con un año de diferencia, causarían un impacto especial en los estudios históricos cubanos y se inscribían, por derecho propio como clásicos, no sólo en los estudios nacionales, sino también caribeños y latinoamericanos por las temáticas que desarrollaban. La primera de ellas, impresa en 1963 por la Editorial Sudamericana de Argentina, llevaba el título de *Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar*. La segunda, publicada por la Comisión Cubana de la UNESCO, en 1964, tenía por nombre *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*. El primer título pertenecía a la creación autoral del norteamericano Roland T. Ely; al cubano Manuel Moreno Fragnals, el segundo. Entonces se conoció que los dos libros del norteamericano publicados con anterioridad en Cuba, eran partes integrantes de esta obra mayor y no precisamente de las más trascendentes.

La historia posterior de ambas obras sería diferente. Mientras a Cuba llegaban escasos ejemplares de la obra de Ely, la de Moreno alcanzaba una gran difusión, avalada por su calidad y por la carta de Ernesto Che Guevara que publicaba su autor. *El ingenio...*, que contaba con un único tomo, de pésima calidad de impresión, tuvo, en 1978, una segunda edición, corregida y aumentada, ahora en tres tomos. Esta versión definitiva, trabajada por el hoy editor jefe de nuestro sello editorial, Luis M. de las Traviesas, estuvo a cargo de la Editorial de Ciencias Sociales. Por estas circunstancias, las tesis del cubano se generalizaron en un ambiente que pasaba de lo apologético a críticas infundadas. Pero los más sagaces historiadores podían advertir que, independientemente de que se compartieran o no las tesis expuestas en *El ingenio...*, éstas eran una versión unilateral, a veces esquematizada aunque de rica exposición, galanura de estilo y agudos análisis que obligaban a una reflexión y replanteamiento de lo que hasta ese momento se había afirmado.

Lo lamentable consistía en la ausencia en el debate cubano de la perspectiva que, en direcciones diferentes, con la más rica documentación que

tenía, además, la característica de que jamás se había consultado por estudioso alguno, ofrecía el libro de Ely. Por poco que se profundice, mientras *El ingenio... centra el proceso azucarero en sus aspectos tecnológicos, y en la situación de mercado, de lo cual se hace derivar ideologías, mentalidades y cultura, Cuando reinaba Su Majestad... centra el análisis en la gestión empresarial, en los aspectos sociológicos del proceso cubano más allá del azúcar y del esclavo, y en las mentalidades; el hombre de empresa y las consecuencias de su gestión o de su falta de iniciativa ocupan, en el estudio de este autor un lugar que, por lo general, no aparece en otras obras cubanas de este tipo. No pocas veces, el modo de pensar y de actuar constituye un factor en la explicación del subdesarrollo cubano.*

La obra de Roland T. Ely era un resultado original porque, graduado en las universidades de Princeton y Harvard, Estados Unidos, poseía una rigurosa formación asociada a alguno de los nombres de los brillantes profesores que tuvo como Robert G. Albion y Clarence Haring, quienes habían introducido en sus estudios acerca de Brasil y otros lugares, métodos de estudios sobre temáticas parecidas a las que se presentaban en Cuba. Sus lecturas, en algunos casos diferentes a las nuestras, sin dudas, influyeron en sus criterios investigativos. El propio Ely confiesa que más que la obra del caribeño Eric Williams —que tanto nos marcó a los cubanos—, fue la del brasileño Gilberto Freire la que lo sedujo.

Pero lo que le daría a la obra de Ely un sello particular fue su profunda imbricación familiar, intelectual y humana con el Caribe y América Latina. Descendiente de los fundadores de Pennsylvania, junto con Guillermo Penn, y de una familia cuáquera, el joven investigador tenía, desde principios del siglo XIX, parientes en la Gran Antilla y desde el siglo XVII en Barbados. Richard Wilson, un médico con fortuna, llegó a ser uno de los propietarios de ingenios en las cercanías de Santiago de Cuba. El ingenio de este pariente de Ely se arruinó durante la Guerra de los Diez Años. En esta propiedad, los españoles efectuaron una de las matanzas más famosas de la historia de esa guerra.

Por recomendación de uno de sus profesores, Roland T. Ely inició uno de los trabajos de recuperación documental y de investigación más relevante que podía realizarse para el estudio del negocio azucarero cubano. En los sótanos de la Biblioteca Pública de Nueva York, se encontraban depositados, en total abandono, dispersos y algunos ya en muy mal estado, los documentos que pertenecían a la casa comercial de Moses Taylor, quien, sin dudas fue el

negociador azucarero más importante del siglo XIX entre Nueva York y Cuba. Durante tres años Ely, con careta antigás y guantes de algodón, rescató, clasificó y estudió aquella fuente única y trascendental para entender el lado norteamericano del problema azucarero cubano. En la medida en que avanzaba en su trabajo con los papeles de Moses Taylor le surgía el fabuloso mundo de la aventura azucarera cubana. Continuó entonces aquella rigurosa e insospechada investigación con la otra visión, la que emanaba de los productores y comerciantes cubanos.

En sus visitas a Cuba, recorriendo las principales instalaciones azucareras, descubre otro de los abandonados y nunca estudiados fondos documentales, éste perteneciente a uno de los más asombrosos comerciantes-productores cubanos, Tomás Terry. En condiciones totalmente diferentes pero no menos hostiles —en Nueva York tuvo que trabajar en un sótano húmedo y polvoriento y en Cienfuegos, en una desvencijada y abandonada oficina sólo alumbrada por la luz del sol, en compañía de “los devoradores de libros”—, completa su trabajo en lo esencial. A estos dos núcleos centrales lo acompañan otros fondos documentales, la relación con las más poderosas figuras del azúcar cubano en los años previos a la Revolución—en particular, con el Zar del Azúcar Julio Lobo—, y el callejeo habanero que lo vincula con un ambiente más popular. Por otra parte la bibliografía utilizada por el investigador norteamericano también resulta de especial importancia, porque muchos de sus títulos se conocen poco al sur del río Bravo; destacándose, dentro de ellos, los libros de los viajeros estadounidenses. El desconocimiento entre nosotros de muchos de éstos no significa que no sean verdaderas obras de trascendencia científica, histórica e intelectual para un mejor conocimiento de la historia de Cuba.

Roland Taylor Ely nos da, por su formación norteamericana y su profunda entrega a América Latina, una obra que tiene la rara característica de fusionar en su cultura personal el aporte científico, académico y humano de las dos Américas. Pese a que algunos simplemente vieron en él una especie de agente del Departamento de Estado de Estados Unidos, la realidad demostraba, con su obra y con su vida, que estamos ante un serio académico que no siente diferencias entre la América nuestra y la América suya. No puede olvidarse que cuando Fidel Castro viaja por primera vez a Estados Unidos y cuando muchos se niegan a darle albergue, es la casa de Roland Taylor Ely el lugar donde el jefe revolucionario encuentra la hospitalidad de lo mejor del pueblo norteamericano. Su quehacer por nuestra América y el

Caribe, y su pertenencia a varias prestigiosas instituciones que estudian estas regiones, así lo demuestran.

El subtítulo de Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar da el sentido y magnitud de la obra de Ely: Estudio histórico-sociológico de una tragedia latinoamericana: el monocultivo en Cuba. Origen y evolución del proceso. En esta visión, tecnología, ciencia, finanzas, pérdidas y ganancias, personalidades y mentalidades, se cierran en un todo que permite explicar el proceso no por una de sus partes, sino por el sentido de empresa que condiciona todo el conjunto. A partir de ello se inserta un análisis sociológico del proceso cubano, de los hombres individualizados y de las agrupaciones y agrupamientos sociales. No es una obra sobre la esclavitud, sino la explicación de la esclavitud como un fenómeno imbricado en un accionar capitalista. Esto plantea muchas cuestiones que el debate, sin ese techo, ha impedido conocer en sus verdaderas dimensiones. Tampoco su objetivo es un estudio de la tecnología azucarera; ésta, en la obra de Ely, constituye un instrumento del hacendado. La sociedad azucarera nos es dibujada, en un proceso que trata de captar todo el ángulo sociológico que va del "padre bodeguero, al hijo caballero, al nieto pordiosero" y con él las discordias dentro de "la alta sociedad", lo que yo he llamado el conflicto intraclasista, para recrear "una isla dividida tanto por el dinero que se posee como por los problemas de razas".

Quizá, lo que más llama la atención es como Roland T. Ely establece una escalera ascendente para explicar la tragedia histórica del monocultivo en Cuba. Para mí fue también la confirmación de una de las tesis que he sostenido con especial interés. El subdesarrollo en la mayor de las Antillas tiene explicaciones muy variadas pero una de ellas, cuya magnitud acaso nunca podamos conocer totalmente, es como se escapó y dilapidó el capital generado por la producción azucarera cubana. Amantes de un paisaje y de un mundo humano inigualable como el cubano, que siempre deja el sentimiento de nostalgia cuando se le abandonaba, los azucareros cubanos amaron más sus fortunas, sus lujos y su orgullo personal. Con cierta ingenuidad, al principio trataron de lavar su sangre roja espuria y caribeña, con títulos de nobleza que les permitía alegar una muy dudosa coloración azul a lo que circulaba por sus venas y arterias. Después, no bastaban títulos de nobleza ni matrimonios de poca monta. A Europa y a Estados Unidos escaparon fortunas enteras. No sólo lo peor del negocio azucarero quedó en Cuba; nos legaron el subdesarrollo. No sólo lo

principal de la riqueza fue a parar al llamado primer mundo; ellos, quienes podían, también escaparon de un mundo peligroso e inestable; se asentaron allí, donde sus capitales podían capitalizarse.

Muchos se casaron con familias de la nobleza española, británica o francesa; otros desnacionalizaron su capital cubano y lo nacionalizaron francés, español, inglés o norteamericano. La propia familia Terry, estudiada por Ely, tiene en Francia una historia de poder. Napoleón III los llamó para que fuesen uno de los principales accionistas en el proyectado canal de Suez; en 1871 compran uno de los castillos más famosos del valle del Loira Chenonceaux. Una descendiente de don Tomás Terry devendría primera dama de Francia al asumir la presidencia su esposo Valéry Giscard d'Estaing. Cuando recorrí el cementerio más famoso de París Père Lachaise, me llamó la atención que entre las pequeñas y artísticas tumbas que embellecen tanto el lugar, se encontrase una obra monumental que, recordándome al cementerio de Colón, de La Habana, desentonaba por ese carácter monumental, ostentoso y de mal gusto. Los Terry nunca se olvidaron de su natal Cienfuegos: el origen de su fortuna, de su suerte. La ciudad cuenta con un teatro donado por los hijos de don Tomás y que lleva su nombre. Algo similar ocurrió en otras ciudades de Cuba. Un bello agradecimiento como recuerdo de un pasado que desde Europa tiene otra coloración, pero, creo, insuficiente para el pueblo que amasó, con sus manos, esas fortunas. No obstante, justo es reconocer que no fueron pocas las personas que, pertenecientes a estas familias emigradas nunca abandonaron su país aún después del triunfo de una revolución popular; otras, desde el extranjero han mantenido un nexo afectivo con la tierra de sus orígenes. Los capitales creados en Cuba, al abandonarla, descapitalizaron lo que pudo ser un rico y próspero país.

Una nueva edición de Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar se imponía. Obra de escasa circulación en Cuba, agotada su primera edición casi desde sus inicios y con más de 38 años de antigüedad, se había convertido en una rareza literaria a la que pocos habían tenido y tienen acceso. Releída hoy, me parece que hubiese sido una omisión de la historiografía cubana no contarla entre las obras editadas en el país. Su conjunto mantiene actualidad y en su lectura puede comprobarse el origen de más de una tesis que ha circulado entre nosotros, sin que se conociese su origen y el campo específico de explicaciones que le da su autor. Pero existen otras razones que al doctor Ely y a nosotros nos impusieron el deber de efectuar una nueva edición.

Una lectura detenida de la edición argentina muestra innumerables defectos de traducción; a ello se añaden otros tanto que, por desconocimiento de los editores del tema tratado, hacen que estén presentes numerosos y garrafales errores de conceptos, nombres, lugares geográficos, etc. De ello no escapan las tablas estadísticas. Ciertos rasgos del modo de decir argentino sustituyen la forma en que en Cuba, escenario del tema, se denominan. Esta edición cubana, que entregamos a la consideración de los lectores, se efectuó con una doble revisión de la traducción, una por el autor y su esposa, la poetiza y traductora Usha Bali, y otra por los editores. Ello determinó variaciones sustanciales en algunos párrafos mal traducidos en la edición anterior y que, no pocas veces, cambiaban el sentido o el contenido de la idea original. Se rectificaron los numerosos errores contenidos de la edición argentina referentes a nombres de figuras, lugares, etc. Se corrigieron de nuevo las tablas estadísticas y todo lo referente a los aspectos cuantitativos que incluye la obra, rectificándolas y ajustándolas. Se mejoró, con técnicas modernas, las fotos y los grabados. Todo ello en armonioso trabajo conjunto entre el autor, su culta e insustituible esposa Usha Bali, editores y diseñadores.

La lectura final de esta primera edición cubana me permite asegurar que alcanza la calidad necesaria, superando los defectos anteriores que hace que la edición cubana de Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar, corregida y aumentada, le permite a Ediciones Imagen Contemporánea de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, sentir el noble orgullo de haber llenado un vacío en nuestra historiografía, el haber logrado una publicación cuidadosa y de calidad. Su autor declaró, en una ocasión, no tener interés en su edición en inglés, pues era a Cuba y a América Latina a quien pertenecía: "Si alguien quiere conocer su contenido, que se la lea en español". Al concluir la edición cubana, en realidad la edición auténtica, completa y verdadera del texto del autor, cumplimos con el deseo de Roland Taylor Ely, con los estudiosos cubanos, latinoamericanos y de todas partes del mundo, y con Cuba.

EDUARDO TORRES CUEVAS
La Habana, noviembre de 2001.

PREFACIO A LA EDICIÓN CUBANA

Cuando me embarqué en el proyecto de investigación para mi disertación doctoral en Harvard, del que nació la primera edición del libro 12 años más tarde, jamás hubiese podido imaginar la gran variedad de vivencias que me esperaban. En realidad, tuve la suerte de aprovechar una breve coyuntura de circunstancias favorables que nunca podrían volver a repetirse. Me encontré con un sinfín de cubanos: desde la gente más humilde, hasta Julio Lobo, el Creso cubano del siglo xx. Conocí a destacados intelectuales, entre ellos, a Ramiro Guerra Sánchez, Fernando Ortiz, Julio Le Riverend y Lidia Cabrera.

Mientras tanto, fui presentado a personajes políticos tan antagónicos como Fulgencio Batista y Fidel Castro. El hecho de que este último durmiera bajo mi propio techo (20 de abril de 1959) y la publicación de Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar, por la editorial Sudamericana (Buenos Aires, 1963), me abrieron muchas puertas a lo largo de América Latina y hasta de la ex Unión Soviética. La reacción en cadena comenzada en 1951, sigue con esta edición cubana revisada, auspiciada por la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana.

Medio siglo después de empezar a ordenar la colección Moses Taylor, en las oscuras sombras del sótano de la Biblioteca Pública de la ciudad de Nueva York, me siento como el último de los mohicanos. Todas las personas mencionadas en los reconocimientos del primer Prefacio han muerto, según mi entender. Soy el sobreviviente solitario de los investigadores destacados por el profesor Pablo A. Meriñez, en la historiografía sobre la "economía de plantación azucarera" de Cuba, y el único extranjero.¹ El penúltimo fue Manuel Moreno Friginals, quien murió en Miami hace unos meses. Felizmente, años

antes de su muerte desafortunada, el doctor Moreno Friginals logró repatriar centenares de aquellos documentos de la Colección Moses Taylor a Cuba. Se los puede consultar en el Archivo de la Oficina de del Historiador de la Ciudad de La Habana, bajo su nombre; los que tratan de Tomás Terry se hallan en el Archivo Nacional de Cuba.

No han sido buenos los años con unas de las fuentes documentales fundamentales más importantes. Por ejemplo, los dos pisos de la antigua sede comercial de Tomás Terry, todavía dan a los muelles de Cienfuegos. Pero adentro no queda nada de lo que encontré a mediados de los años 50. Los 96 libros de contabilidad, los documentos diversos en 17 cajones de madera, los muebles del siglo XIX, aun la enorme caja fuerte Salamander de hierro macizo, todos habían sido quitados para cuando visité el sitio, en octubre de 1999. Ninguna de las familias que ocupaban el edificio tenía la menor idea de qué había pasado con ellos. Entretanto, los almacenes adyacentes de Terry fueron tumbados, para convertir el espacio en un estacionamiento de vehículos. De hecho, parece que ya no existe otra evidencia de éstos o de los muebles desaparecidos, que las fotografías a color del capítulo XIV de este libro.

La inspiración de publicar una edición revisada de Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar, provino de mi viejo amigo el doctor José A. Tabares del Real, de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, y su dinámico director el doctor Eduardo Torres-Cuevas. La fuerza motriz del proyecto fue el licenciado Luis M. de las Traviesas. Su paciencia y habilidad profesional le marcaron como un editor jefe modelo.

Debido al hecho de que nunca pude revisar las galeras argentinas, la primera edición incluyó una cantidad inesperada de errores más allá de los tipográficos. Hubo omisiones, malentendidos y cambios no autorizados en la traducción del texto original en inglés. Para asegurarnos de que la edición cubana no padeciera tales irregularidades, la licenciada Gladys Alonso realizó una revisión minuciosa, línea por línea, de cada una de las 875 páginas del texto argentino. Luego, la traductora y poetiza, Usha Bali, comenzó a rectificar las fallas encontradas por ella y la licenciada Alonso. Resultó un rompecabezas de varios meses cuadrar las correcciones con los espacios lineales del emplane procesado por computadora en La Habana.

Cabe señalar, también, la pericia notable del licenciado Earles de la O en su condición de editor gráfico, además de la del ingeniero Luis Gutiérrez

¹ Debates Americanos, No. 2: Julio -Diciembre, 1996, La Habana, p. 65.

con respecto a la maquetación y digitalización. Debo agradecer a la licenciada Esther Lobaina su coordinación muy apreciada de otros aspectos del proyecto; siempre encontró una salida para superar cualquier problema. Finalmente, me corresponde agradecerles su apoyo a las señoras Feliciano Menocal Villalón y Virginia Morales Menocal, hija y nieta respectivamente de mi difunta prima, Feliciano Villalón Wilson, que me abrió el camino como investigador en Cuba, durante la década de 1950.

ROLAND T. ELY
"Los Címaros", Mérida, Venezuela,
noviembre de 2001.

PREFACIO

I. OBJETIVOS

Desde que Colón se rindió a sus encantos, Cuba ha cautivado a innumerables visitantes, entre los que se cuenta el autor. Sentada tal premisa, corresponde destacar que, si bien el presente trabajo emana en parte de contactos fortuitos con esa Circe del Caribe, de ningún modo puede afirmarse que es accidental.

En efecto, sirviome de oportuno acicate una sugerencia del profesor Robert G. Albion, quien, durante mi segundo año de estudios como posgraduado en el Departamento de Historia de la Universidad de Harvard, me propuso la apasionante figura de Moses Taylor como tema para mi exposición doctoral.

Taylor había hecho fortuna en los negocios de la isla como comisionista neoyorquino en el curso de las décadas del 30 y del 40, antes de lanzar su espíritu de iniciativa a campos más lucrativos como los bancos, los ferrocarriles y el carbón de antracita. Me encontré con que sus registraciones contables estaban depositadas en la sala número 3 del sótano de la Biblioteca Pública de Nueva York; allí aguardaban simplemente que alguien tuviera la paciencia y el tiempo necesarios, amén del interés natural, para llegarse a ellas. Como el profesor Albion bien lo señalara, se me presentaba una oportunidad para combinar un proyecto de investigación original con mi interés de larga data por Cuba, como así también con algunos estudios anteriores de historia marítima, realizados como estudiante en Princeton y como posgraduado en Harvard.

La Colección Moses Taylor resultó ser tan rica en correspondencia de comerciantes y hacendados de la isla, que Taylor en sí emergió más como eslabón que como figura central de mi tesis. Para saber algo de los hombres —y ocasionalmente mujeres— que escribieron tantos millares de cartas a

Taylor, pasé allí la mayor parte de varios inviernos recogiendo material, que obtuve principalmente en La Habana y en la provincia de Las Villas. También permanecí algún tiempo en las provincias de Matanzas y Oriente. En cuanto a las jornadas que empleé en hurgar por la gran provincia de Camagüey y la hermosa Pinar del Río, ampliaron el ámbito de mi experiencia pero rindieron poco fruto en lo que atañe a la tarea emprendida.

En el ínterin, consulté docenas de relatos de viajeros del siglo XIX, escritos por ingleses, americanos, españoles, franceses y hasta un italiano. Entretejiendo los datos proporcionados por todos esos documentos, me propuse estructurar un análisis responsable de la industria y el comercio del azúcar de Cuba durante la llamada "Edad de Oro" de los hacendados, una época que coincidió poco más o menos con el corrupto reinado de una reina corrupta, Isabel II (1833-1868).

A través de la investigación efectuada, parecióme evidente que las obras modernas que se ocupan de ese período de la historia económica cubana adolecen de un grave impedimento para el estudioso: la abundancia de generalidades y la poca disposición a recurrir a tanta documentación dispersa. Por tal motivo, he tratado de amalgamar estudios de casos específicos con las perspectivas generales que sustentan los diversos problemas planteados. En el grado que me pareció factible, traté asimismo de que los protagonistas hablaran por sí mismos.

Mediante citas frecuentes de cartas de la Colección Moses Taylor y de relatos de viajeros de la época, he procurado además volver a captar en lo posible las vivencias de aquellos personajes, mostrándolos en sus variadas facetas. Al mismo tiempo, confío en que aun los lectores más exigentes hallarán que se ha prestado debida atención a los aspectos técnicos de las actividades de los cañeros y de los exportadores (que en realidad eran representantes de las firmas importadoras extranjeras). A los hechos históricos se les ha dado preeminencia, con respecto a las meras especulaciones surgidas a posteriori.

Convencido de que un estudio del panorama que ofrecía Cuba bajo el reinado de Isabel II requiere, para su mejor comprensión, una evaluación adecuada del trasfondo económico de la isla, dedico la primera parte de la obra al análisis, en ese terreno, de los tres siglos y medio anteriores, para lo cual seguí los lineamientos de otros trabajos sobre el particular, excepto en algunas partes de los capítulos segundo y tercero. Para los demás he procurado trazar mi propio cursodentro de lo posible.

II. LAS COLECCIONES MOSES TAYLOR Y TOMÁS TERRY

En honor a la verdad, debo admitir que si hubiera sabido de antemano los molestos problemas que me esperaban cuando decidí esclarecer los "secretos" de la Colección Taylor, en 1951, es dudoso que hubiese escrito la presente obra. Pero una vez lanzado a la "lucha", era tarde para retroceder. Como Orellana en su viaje por el Amazonas en 1541-42, ví claramente que no había ya vuelta atrás. Y si Orellana pereció sin poder tornar a la civilización, muchas veces yo mismo hubiera preferido tentar la suerte en la selva brasileña antes que continuar sumergido en las entrañas de la isla de Manhattan.

La Colección Moses Taylor yacía olvidada en el desván de la vieja oficina central de Taylor en South Street N° 44. La encontré tan saqueada —en procura de estampillas— que estoy seguro que los propios vándalos se hubieran asombrado al verla. Cuando los herederos de Taylor vendieron la propiedad al gobierno norteamericano a principios de la década del 30, donaron los libros y documentos comerciales de aquél a la Biblioteca Pública de Nueva York. Aunque la nueva morada significaba una gran mejora en relación con la anterior, los pocos estudiosos que acudieron al sótano del edificio de la Calle 42 y la Quinta Avenida a consultar la colección encontraron todavía tantos obstáculos que pronto abandonaron sus intentos. Y a fe que esa actitud era comprensible.

Sin los recursos necesarios para tomar personal supernumerario para dedicarlo exclusivamente a poner en orden tanta documentación, e imposibilitada de ocupar al personal ordinario en esta misión, la Biblioteca Pública de Nueva York a duras penas podía mantener todo junto en un lugar seco y cerrado bajo llave. El depósito n° 3 del sótano era por su solo aspecto suficiente para arredrar a los espíritus más audaces. En el local más alejado del antiguo Depósito Croton, entre paredes de mampostería desnuda de más de tres metros de espesor, me era difícil creer que me hallaba a pocos metros de una de las esquinas más populosas de Manhattan. Más bien el lugar me sugería una mazmorra medioeval.

Pero el aspecto más impresionante de la colección era su magnitud. Unos mil doscientos volúmenes encuadernados estaban colocados apretadamente en varias docenas de estantes de acero. Los libros grandes estaban debajo y los más pequeños arriba. Y eso era juego de niños en comparación con el resto de la colección.

Apilados contra una pared, sobre una plataforma de más de medio metro de altura que se extendía a todo lo largo del recinto, había sesenta y tres cajones de los que comúnmente se utilizan para embalar mercaderías. Los había de todos los tamaños y llegaban hasta el techo. El polvo los cubría por doquier. La División Manuscritos de la Biblioteca, bajo cuya custodia se hallaba la colección, calculaba que dos empleados que se dedicaran solamente a poner todo en orden tardarían de dos a tres años. El hecho era que, en las condiciones existentes, la documentación de Taylor era virtualmente inútil para los investigadores.

No sin aprensiones di comienzo a mi tarea, sin ayuda ajena, en la primavera de 1951. Antes de enfrentarme con la correspondencia dirigida a Taylor y con otros papeles contenidos en los cajones, parecía lógico efectuar un inventario de los libros y arreglarlos en un orden determinado. Como en el mismo depósito había también otras colecciones, no me quedó más remedio que trabajar en los angostos pasillos que dejaban libres las estanterías. Para facilitar mi cometido, la División Manuscritos hizo renovar la instalación eléctrica del depósito, de modo que pude contar con más de veinte lámparas colgantes en vez de las cuatro que había antes.

Cualquier movimiento que se realizara en el recinto —aun el simple cambio de lugar de un papel— provocaba la formación de sofocantes nubes de polvo. Afronté ese problema usando una indumentaria adecuada: saco protector, guantes de algodón, máscara antigás —aprobada por la Dirección Nacional de Minería de EE. UU.— y otros implementos. Además, las contingencias de cada jornada me obligaban a una muda completa de ropa interior...

*Una vez que hube limpiado y clasificado todos los libros, me fue posible empezar un estudio sistemático de las operaciones de Moses Taylor en el comercio cubano. Como no conocía la contabilidad de partida doble que se usaba en aquellos tiempos, tuve que recurrir a varios autores de reconocida autoridad del siglo XIX, tales como James Bennet en *The American System of Practical Bookkeeping* (Nueva York, 1842), para que me guiaran a través de la marcha. Trabajando primordialmente con los Mayores, Diarios, Libros de Compras, Libros de Ventas y Cuentas Corrientes, los negocios de Moses Taylor fueron gradualmente saliendo a la luz.*

Con las cuentas principales reconstruidas, quedé en condiciones de atacar los temibles cajones. Tal como lo preveía, aquí los problemas se agrava-

ron. Mientras que la correspondencia enviada por Taylor podía ya ser examinada sin mayores dificultades porque los copiadores de cartas estaban debidamente ordenados, todavía no había manera práctica de estudiar la correspondencia recibida, que en conjunto constituía un verdadero caos. Los esfuerzos que tuve que realizar en más de una oportunidad me pusieron al borde de la desesperación.

Algunos de los cajones eran tan pesados que tres o cuatro ordenanzas de la Biblioteca a duras penas consiguieron sacarlos del montón para que yo pudiera desempaquetar su contenido. Y a medida que iba adelantando en mi trabajo venían los carpinteros para construir estantes especiales, donde a su turno iba colocando, ya clasificados, los materiales que había puesto en cajas de cartón.

Cuando los sesenta y tres cajones de madera quedaron al fin vacíos, había llenado más de doscientas cajas de cartón. Ahora están agrupadas en sectores separados de acuerdo con su contenido, rotulados en tres lados y provistos de índices. En cuanto a la correspondencia que consideré de cierta importancia por los temas a que se refería, fue archivada en carpetas de cartulina, que a su vez fueron colocadas en varios gabinetes de roble blanco suministrados por la Biblioteca, para que así quedaran accesibles para cualquier investigación futura.

Otro de los aspectos desagradables de la clasificación estuvo determinado por el tratamiento que había recibido el material, no sólo por la tierra acumulada en dos décadas de depósito en el sótano de la Biblioteca, sino también por lo que había sufrido en el desván de la oficina de Taylor. En efecto, buena parte de los papeles estaba empapada por la lluvia, o bien sucia por la acción evidente de avispas, ratones y aun ratas. De esa manera, la Naturaleza había hecho lo posible por completar la destrucción ocasionada por los que en años anteriores habían saqueado la colección buscando estampillas antiguas. Ese despojo se hizo manifiesto apenas abrí los primeros cajones. Originalmente, toda la correspondencia recibida y demás documentos habían sido cuidadosamente atados entre tablillas de madera delgada con cintas de color rojo. La tablilla superior indicaba claramente el contenido de cada atado. Al fin de cada ejercicio comercial todos los atados eran guardados en un cajón de madera.

Los saqueadores no se limitaron por cierto a extraer las estampillas postales. De las pólizas de seguros y documentos semejantes arrancaron los

sellos fiscales. Cuando dieron por terminada la tarea destructora, no se molestaron en volver a poner los papeles en los lugares donde los habían encontrado; en cambio, los colocaron al azar en cualquier cajón que hallaron a mano. Como resultado, varios centenares de miles de documentos quedaron mutilados y desparramados sin ton ni son.

En algunos casos se conservaron las tablillas indicadoras, pero lo que sucedió con lo que indicaban es un misterio. A veces uno tropieza, en una correspondencia entre Taylor y una firma determinada, que faltan cartas por todo un año, reanudándose la cronología posteriormente, para finalmente degenerar en fragmentos. Tablillas indicadoras desperdigadas y registros de correspondencia remitida que figuran en los Libros de Cartas, amén de los datos que aparecen en los Mayores, proporcionan la prueba de que muchas cartas se perdieron o fueron robadas antes de que la colección llegara a la Biblioteca Pública de Nueva York.

Para citar un caso específico, diré que no pude encontrar ninguna carta de los años 1836 y 1837 en el sótano de la Biblioteca. Sin embargo, pude consultar docenas de esas cartas que faltaban, en la Sociedad Histórica de Nueva York. Ante mi requerimiento sobre su procedencia, fui informado que habían sido compradas a un tal Félix Ropert en 1937. Pero, desgraciadamente, el hombre se había esfumado. Sin duda hubiera podido arrojar mucha luz sobre la destrucción parcial de la colección.

Las transacciones más importantes de Moses Taylor en Cuba se realizaron con Tomás Terry de Cienfuegos. Al enterarme que todavía se conservaban los registros comerciales de este Creso cubano del siglo XIX decidí ir directamente a ellos. De mis actividades inquisidoras subterráneas pasé entonces al segundo piso de una oficina subtropical, lo que ciertamente era un cambio de proporciones. Allí, sin embargo, me topé con muchos problemas ya familiares. En primer lugar, esta colección también había sido meticulosamente saqueado por los consabidos cazadores de estampillas postales y fiscales, lo que había generado un desorden descomunal, al que, por suerte, ya estaba acostumbrado.

Pero a lo que no estaba habituado era a otras delicias que tuve que soportar. En efecto, aquí los guantes de algodón me hubieran servido sólo de precario resguardo, pues había sido prevenido de la posible existencia de escorpiones, por lo que me decidí al uso de guantes de cuero. Otro inconveniente había sido causado por los comejenes. Muchos de los libros de contabilidad de Terry —encuadernados en cuero— ostentaban los rastros de la

voracidad de estos insectos agusanados, cuyo nombre español deriva seguramente del verbo "comer". Y, para no ser menos, las termitas también habían disfrutado su parte del festín, devorándose casi toda la estructura de alrededor de una docena de cajones, pero es preciso reconocerles la deferencia que tuvieron con la documentación que había en su interior, ya que aparentemente la dejaron intacta.

Con todo, las dificultades más exasperantes eran la falta de luz y el exceso de viento. Como el lugar carecía de lámparas eléctricas, tuve que seguir el sol en su curso diario, lo que implicaba la necesidad de mover todos los materiales con que trabajaba a lugares diferentes cada dos o tres horas. Además, como únicamente dos de las ventanas tenían vidrios —cuya transparencia dejaba bastante que desear—, tuve que abrir todos los postigos, cosa que originó la irrupción de vigorosas ráfagas de viento. Me vi obligado a utilizar numerosos objetos de hierro a modo de pisapapeles.

III. RECONOCIMIENTOS

El presente trabajo fue escrito con el asesoramiento del profesor Albion, quien fue más allá de la misión estrictamente técnica que se había impuesto. A través de los difíciles años de penurias físicas en mi celda subterránea y del sinnúmero de escollos que obstaculizaron subsiguientemente mi proyecto, conté en todo momento con su cálido estímulo y su comunicativo sentido del buen humor ante las contrariedades.

Es asimismo destacable la asistencia que me prestaron los profesores Clarence H. Haring —fallecido hace pocos años— y Samuel Eliot Morison, de la Universidad de Harvard con su apoyo moral, particularmente en relación con la investigación en Cuba, tierra con cuyas bellezas estaban familiarizados aun antes de que yo comenzara mi carrera.

A ese respecto, cúmpleme expresar mi agradecimiento al Sr. William H. Claflin y a su señora esposa, de Belmont, Massachusetts. La familia de la Sra. Claflin estuvo estrechamente vinculada con la industria azucarera cubana durante más de un siglo. Como huésped de la familia en el central "Soledad" en la provincia de Las Villas y en Belmont, aprendí mucho acerca del pasado de la Perla de las Antillas. Los desinteresados consejos que me dieron fueron siempre acertados.

Cualquier mérito acordado a mis esfuerzos ya en Cuba, se debió en gran parte a la ayuda cordial y empeñosa de la Sra. Feliciano Villalón de Menocal y al Sr. Julio Lobo. En diciembre de 1952 remití a la Sra. Menocal —relacionada con mi familia por parentesco— los nombres de cerca de cincuenta productores y comerciantes cubanos que mantuvieron relaciones comerciales con Moses Taylor, con la esperanza de que ella podría localizar a algunos de los descendientes de aquéllos, para pudieran eventualmente suministrarme información acerca de sus mayores.

La Sra. Menocal y su distinguido esposo, el extinto Dr. Manuel Menocal y Barreras, como asimismo la Sra. Gloria Villalón de Guerrero —también de la familia—, lograron todavía más de lo que esperaba. En el curso de los tres años siguientes, me presentaron a más de un centenar de compatriotas. Todos ellos se mostraron ampliamente dispuestos a cooperar, al punto de que entablé algunas perdurables amistades. Para describir los servicios prestados por cada uno necesitaría todo un libro, razón por la que, en las líneas que siguen, deberé incurrir en lamentables omisiones.

En primera lugar debo mencionar al Sr. Julio Lobo. Gran parte de este trabajo no habría salido a luz de no ser por la intervención directa y ayuda continua de este “coloso del azúcar”, de cuya carrera comercial se ocuparon¹ en su oportunidad varias revistas estadounidenses, las que hicieron hincapié en su vasto poderío económico, sustentado en el control indirecto de casi la mitad de las empresas cañeras de Cuba y Puerto Rico, de una docena de los más grandes molinos azucareros de Cuba y de gran parte del intercambio mundial del producto.

Pocos articulistas tomaron nota de su considerable colección de documentos y reliquias referentes a Napoleón, y ninguno reparó debidamente en su profundo interés por el pasado de Cuba. Llegó a formar una biblioteca de libros y manuscritos antiguos relativos a la historia económica cubana que es probablemente la más completa que existe; por lo menos es la mejor que he tenido oportunidad de ver. Hace pocos años, por ejemplo, hizo “microfilmear” millares de cartas de la Colección Moses Taylor. “Tinguaro”, que era su ingenio favorito, perteneció una vez a Francisco Diago, cuyas cartas —junto con las de sus hermanos Fernando y Pedro— ocupan lugares de preeminencia en el presente trabajo.

¹ La mayor información hasta la fecha la dio Freeman Lincoln en “Julio Lobo, Colossus of Sugar”, revista *Fortune*, vol. LVIII, N°3 (septiembre 1958), p. 150 y sigs.

Un amigo del Sr. Lobo, el Dr. Alfredo Lombard, tiene mucho que ver con el Capítulo XIV. Miembro conspicuo del foro cubano, el Dr. Lombard era el apoderado principal en Cuba de los herederos de Tomás Terry. Sorteando obstáculos, obtuvo personalmente autorización de la familia —cuyos integrantes residen en su mayoría en Europa— para que yo investigara los documentos guardados en la antigua oficina de Terry en Cienfuegos. Su distinguido colega en esa ciudad, el Dr. Pedro Fuxá y Suret, tradujo el permiso formal en innúmeras atenciones durante mi fructuosa labor con la Colección Tomás Terry. Hallándome en Cienfuegos conté con la multiforme colaboración de otro amigo del Sr. Lobo, el Sr. Esteban Cacicedo, de la firma Cacicedo y Cía., fundada por sus ancestros homónimos hace casi un siglo.

Al Sr. Fernando de la Riva, el entonces propietario del central “Constancia”, situado cerca de Cienfuegos, le debí la autorización para examinar la documentación de ese establecimiento, cuyas zafras fueran en su oportunidad vendidas por intermedio de Moses Taylor. El Sr. de la Riva hizo aun extensiva su hospitalidad a otro de sus centrales, el denominado “Hormiguero”. Durante el invierno que pasé trabajando en la antigua oficina que perteneciera a Tomás Terry, el Sr. de la Riva me honró dándome alojamiento en “Hormiguero”, de donde me trasladaba a Cienfuegos en coche todas las mañanas.

El Dr. Tomás A. Terry, biznieta del amigo y cliente de Moses Taylor, fue también sumamente amable conmigo y me proporcionó material significativo acerca de la familia. En dos ocasiones tuve oportunidad de conversar con su padre, el extinto D. Andrés Terry. Don Andrés, por su parte, era un verdadero repositorio de recuerdos del primer Tomás Terry.

Los hermanos Estanislao y Francisco Javier del Valle y Grau, de la Habana, me invitaron a pasar un fin de semana en su magnifico solar, el llamado Palacio del Valle-Iznaga, en Sancti Spíritus. Javier tuvo la gentileza de presentarme algunos de sus primos Yznaga y otros amigos de Trinidad. El principal genealogista de Cuba, Sr. Francisco Javier de Santa Cruz y Mallén, me proveyó datos útiles para investigar otras conocidas familias coloniales.

Imperdonable sería omitir en esta reseña el testimonio de la cooperación prestada por las damas para el progreso de mi investigación en Cuba. Cúmpleme pues mencionar a la Sra. de Richard Brooks, de La Habana, viuda del nieto de uno de los socios de la firma Moses Taylor & Co.; a la Sra. María Teresa de Rojas, de la Quinta “San José” en Marianao, que me entregó copias microfílmicas de muchos documentos de la familia Pedroso; a

la Sra. Enriqueta Schueg de Bosch, de Santiago de Cuba, que posibilitó mi visita a varios cafetales franceses antiguos de la provincia de Oriente.

En fin, el citar a todos cuantos contribuyeron en Cuba a que mi proyecto pudiera concretarse, llevaría sin duda un capítulo entero. Pero, ante la imposibilidad material de hacerlo, vaya por lo menos la seguridad de que no por esa falta mi reconocimiento hacia todos ellos es menor. Volviendo a los amigos que me ayudaron en los Estados Unidos, me complazco en agradecer la colaboración de quienes me facilitaron elementos de juicio que me resultaron sumamente valiosos, como la extinta Sra. de I. H. Burton, de Islip, Long Island; la Sra. Catherine Steele Ponvert, de Nueva York y Oyster Bay, y los Sres. William T. Veit y William R. Haring, de Lawrence Turnure & Co., de Nueva York.

Varias instituciones me facilitaron el acceso a ricas fuentes de información, para lo cual conté en todo momento con la cordial asistencia del personal respectivo. Si de hacer nombres se trata, es natural que cite en primer término al curador de los manuscritos de la Biblioteca Pública de Nueva York, Mr. Robert W. Hill, a cuyo cargo estaba la Colección Moses Taylor. Más de una vez, su diligente disposición a servir al prójimo me impidió que cediera a los embates del desaliento. Previno todo para que no me faltara lo necesario para llevar a cabo con éxito mi cometido. El desaparecido Edward B. Morrison, primer ayudante de la División Manuscritos, colaboró conmigo de tantas maneras que pronto nos hicimos grandes amigos. Es por cierto lamentable que él no pueda leer el fruto de la investigación en la que tanto empeño volcara. Miss Jean McNiece, también de la División Manuscritos, como así Mr. John A. Galt y otros empleados del Servicio Fotográfico de la Biblioteca, me fueron de considerable utilidad.

Vaya mi agradecimiento a la Sociedad Histórica de Nueva York por sus espléndidos archivos de diarios y libros sobre Cuba, y por numerosos documentos relativos a Moses Taylor. Entre otras, es de notar la colaboración prestada por Mr. Louis H. Fox, a quien tuve oportunidad de informar sobre la actuación de uno de sus antepasados, un prominente comerciante norteamericano que residiera en Trinidad de Cuba.

El Archivo Nacional de Washington fue uno de los lugares más simpáticos que visité en el curso de mi labor. Lamento muy de veras que, por disposiciones oficiales, no pueda en este caso expresar mi gratitud personal a quienes allí me guiaron en mis apetencias documentales. Asimismo agradezco a

la Cámara de Comercio de Nueva York el haberme permitido hacer uso de un retrato de Moses Taylor.

Por haberme autorizado a disponer de un vasto número de documentos oficiales inéditos, quedaré siempre reconocido al extinto capitán Joaquín Llaverías, director general del Archivo Nacional de Cuba, en La Habana. Puede afirmarse que el Archivo Nacional de Cuba es un verdadero monumento a la memoria de ese distinguido caballero y estudioso infatigable que administró con tanto patriotismo la benemérita institución. La Sociedad Económica de Amigos del País también resultó ser un riquísimo venero de material sobre la historia económica cubana. Trátase de un sitio donde trabajar es un placer, por las comodidades que se brindan al visitante. El personal de la magnífica biblioteca es notable por su solícita atención; eso en un país que, como Cuba, es hospitalario de por sí.

Finalmente, deseo expresar mi más cálido agradecimiento al Dr. Antonio R. Santamarina y su encantadora esposa Lucía, que me propusieron la publicación de este trabajo en su tierra nativa y me ayudaron de múltiples maneras, y tampoco puedo pasar por alto al distinguido ciudadano argentino Dr. Julio Broide, de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Su apoyo y aliento significaron mucho para mí en este empeño, así como en otros también dedicados a fomentar el entendimiento interamericano.

Especial mención merece Moisés Katznelson, también de Buenos Aires, por su paciente labor en la revisión y corrección de esta versión en la lengua que tantas satisfacciones y amistades me ha deparado al frecuentarla.

De tal modo, aunque el trabajo que se ofrece a vuestra consideración tiene sólo un autor, éste se complace en reconocer el aporte de numerosos amigos y miembros de su familia.

Cabe notar, por último, que la Primera Parte ya apareció en La Habana bajo el título: *La Economía Cubana entre las Dos Isabeles, 1492-1832*, con prólogo del Dr. Julio Le Riverend. También se publicó allí la Cuarta Parte: *Comerciantes Cubanos del Siglo XIX*, con un exordio del Dr. Ramiro Guerra y Sánchez. Abrigo la esperanza de que esas publicaciones hayan despertado interés por todo el trabajo.

ROLAND T. ELY

“Hormiguero”, Princeton, Nueva Jersey (EE.UU.).

Marzo de 1963.

ADVERTENCIA:

La transcripción de las citas y textos originales ha sido, en lo posible, textual.

PRIMERA PARTE

Cuba entre las dos Isabeles
(1492- 1832)